

La Fragua

en la vida cotidiana

SPIRITUS DOMINI

Tiempo Ordinario II

5 **SERVIDORES DE LA
PALABRA EN LA IGLESIA**

SPIRITUS DOMINI - 2014

La flecha forjada en el yunque

no se guarda en un museo. Su destino es ser lanzada, aunque se melle con el paso del tiempo. Estamos llamados a ser flechas misioneras: "Nuestra vocación especial en el Pueblo de Dios es el ministerio de la palabra, con el que comunicamos a los hombres el misterio íntegro de Cristo. En efecto, hemos sido enviados a anunciar la muerte y resurrección del Señor, hasta que vuelva, a fin de que todos los hombres se salven por la fe" (CC 46).

OBJETIVO GENERAL

Ayudar a las personas, comunidades y organismos a tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero, siguiendo la metodología de la Fragua.



OBJETIVOS

- Pasar de actitudes pasivas a actitudes creativas.
 - Crecer en la experiencia del Espíritu que nos unge para ser ministros de la Palabra en la misión profética de la Iglesia.
 - Profundizar en la dimensión cordimariana de nuestra espiritualidad misionera.
 - Personalizar el significado de nuestra pertenencia a la Congregación hoy y valorar su diversidad carismática y su misión universal.
 - Recapitular la experiencia vivida a lo largo del proyecto de la Fragua para seguir progresando en la vida misionera.

CUADERNOS

1. El Espíritu del Señor está sobre nosotros (Adviento-Navidad)
2. Nos ha ungido para evangelizar (Tiempo Ordinario I)
3. En el "hoy" del mundo y de la Iglesia (Cuaresma)
4. Como hijos del Inmaculado Corazón de María (Pascua)
5. Servidores de la Palabra en la Iglesia (Tiempo Ordinario II)
6. Al estilo de Claret (Tiempo Ordinario III)
7. En congregación misionera (Tiempo Ordinario IV)
8. Abiertos a todo el mundo (Tiempo Ordinario V)
9. Progresando en la vida misionera (Tiempo Ordinario VI)

contenidos



4 Introducción



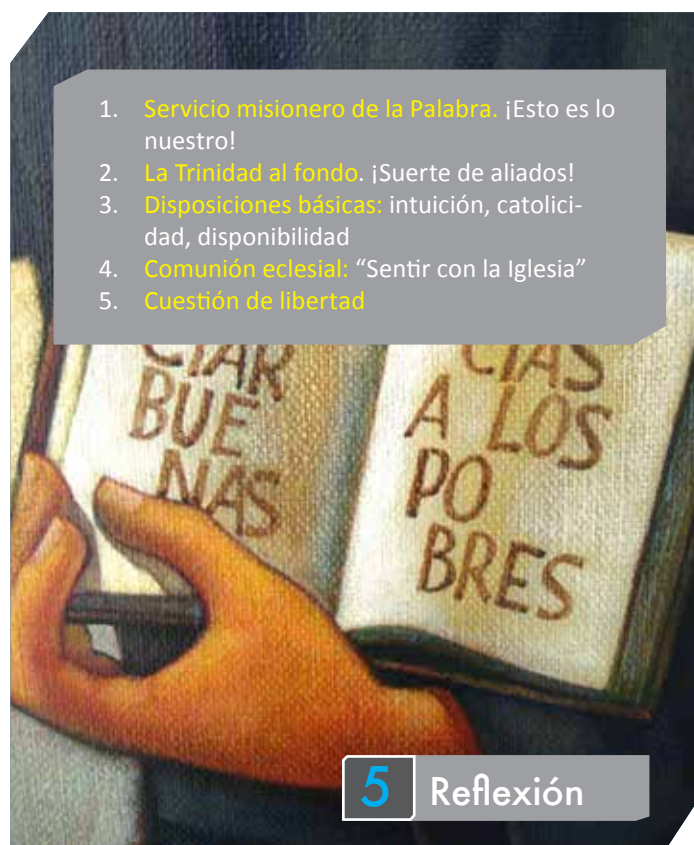
15 Sugerencias para la reunión comunitaria



16 Pistas para la Lectio Divina



23 Textos para profundizar



1. Servicio misionero de la Palabra. ¡Esto es lo nuestro!
2. La Trinidad al fondo. ¡Suerte de aliados!
3. Disposiciones básicas: intuición, catolicidad, disponibilidad
4. Comunión eclesial: "Sentir con la Iglesia"
5. Cuestión de libertad

5 Reflexión

1. Introducción

Nuestra vida es vida en el Espíritu. Somos "saeta" evangelizadora que el Espíritu del Señor impulsa.

Conducidos por el dinamismo del Espíritu, nos sabemos ungidos para poner nuestras vidas al servicio de la nueva evangelización. Como familia misionera, como hijos de Claret.

En nuestra misión nos sentimos urgidos a cultivar la capacidad de auscultar y discernir los signos de los tiempos y de los lugares que el Espíritu alienta. Para gloria de Dios, bien de la Iglesia y servicio de la humanidad.

No vivimos ni servimos de cualquier manera; lo hacemos desde nuestra identidad carismática. Nuestra misión tiene denominación de origen: la fragua del Corazón de María.

La gracia del don vocacional nos hace ser servidores de la Palabra en la Iglesia. Así lo expresan nuestras Constituciones: "Nuestra vocación especial en el Pueblo de Dios es el ministerio de la palabra, con el que comunicamos a los hombres el misterio íntegro de Cristo. En efecto, hemos sido enviados a anunciar la vida, muerte y resurrección del Señor, hasta que vuelva, a fin de que todos los hombres se salven por la fe en El" (CC 46).

2. Reflexión

2.1. Servicio misionero de la Palabra. ¡Esto es lo nuestro!

Con el sabor de Pentecostés en el corazón, vamos a volver, en esta etapa del tiempo ordinario, sobre nuestra misión.

Celebrar Pentecostés es una suerte. Gracias al don recibido, cada uno de los claretianos hemos ido creciendo en la conciencia de que nuestra vida está habitada; que nuestros pasos son guiados y acompañados; que el Viento del Espíritu hincha las velas de nuestra barca, que la caridad nos urge, que la mano de la Estrella de la Evangelización nos lanza.

Los que hemos bebido del mismo Espíritu (cf. 1 Cor 12,13) y nos hemos dejado regenerar por Él nos sabemos enviados a vivir lo que somos, a testimoniar lo que vivimos, a participar en la realización del sueño que Dios tiene para la humanidad. Porque de eso se trata cuando hablamos de nuestra misión.

Así es: **se trata de una manera de ser, de vivir, de significar, de actuar.** ¡Casi nada! Misión imposible si se tratara de la sola obra de nuestras manos. Misión imposible si consistiera en lo que nosotros, seres de barro, pensamos, proyectamos, organizamos y realizamos. Misión imposible si dependiera de nuestra habilidad, de nuestra capacidad, de nuestra fuerza, de nuestra sabiduría...

Es una suerte poder confesar con verdad que a nosotros "se nos ha concedido el don" de seguir a Cristo a semejanza de los Apóstoles (cf. CC 4). Que "se nos ha concedido el don" de ser ministros y servidores de la Palabra. Que "se nos ha concedido el don" de comunicar el misterio íntegro de Cristo.

Cuando estamos con otros evangelizadores, cuando conversamos con otros sacerdotes, religiosos o laicos, **tenemos cada día más claro que lo nuestro es el servicio misionero de la Palabra.**

Ya lo expresaba con nitidez el primer Capítulo de renovación (1967): "El carisma, el espíritu y la misión de la Congregación, dentro de la Iglesia, es el servicio misionero de la Palabra. Este ministerio o servicio consiste en la comunicación a los hombres del misterio íntegro de Cristo" (DC, 20).

Siendo lo nuestro el servicio misionero de la Palabra, también nos queda claro que ni es todo, ni sólo, ni único en la Iglesia. Lo nuestro es una de las modalidades que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia para llevar a cabo el plan de Dios, los proyectos de su corazón. Somos, junto con otros muchos, colaboradores de ese gran sueño divino.

Hagamos un poco de memoria. Nos situamos en los años que siguieron al Capítulo General de 1991. Volvemos a ojear mentalmente los cuadernillos de aquel estupendo proyecto que se llamó "Palabra-Misión". En las últimas páginas del folleto de presentación del proyecto -en su primer volumen- está un texto que podemos repasar y leer de nuevo. Lleva por título: *"Once puntos sobre el servicio misionero de la Palabra"*.

Sintonicemos con lo que ahí se dice. A modo de titulares, intentando sintetizar aspectos, dimensiones, dinanismos del sentido que tiene para nosotros claretianos el servicio misionero de la Palabra, se su-
braya que:

- es el criterio básico para valorar nuestro hacer, nuestras instituciones y nuestras personas;
- es el quicio en torno al cual ha de girar toda nuestra vida;
- es un regalo, un don carismático que, a la vez, se convierte en un ministerio (por el bautismo y el orden sacerdotal y por la profesión);
- nace y se nutre de la experiencia de ser siervos, discípulos y enviados;
- se enraíza en la comunión eclesial y nos convierte en colaboradores y esforzados auxiliares de los Pastores;
- se refiere primariamente al que es la Palabra de Dios, al misterio íntegro de Cristo que hemos de comunicar;
- nos pone en estado de permanente discernimiento espiritual y apostólico;
- se vierte en nuestras palabras, reclamando coherencia con el Mensaje proclamado;
- se desarrolla en un permanente "diálogo de vida";
- es servicio y ministerio radicalmente misionero, profético y escatológico-apocalíptico.

Es serio y hermoso lo que hemos recibido. En expresión lograda del P. Gustavo Alonso, "la misión es el corazón de nuestro carisma".

Volver, de vez en cuando, a sus dimensiones nos puede estimular en ese proceso constante de vivirlo de una manera cada vez más integrada, como el hilo maestro del tapiz de nuestro ser y quehacer como misioneros.

Ejercicio 1: 11 puntos sobre el servicio de la Palabra

Dedica un tiempo a releer y reflexionar sobre este escrito que puedes encontrar en *Palabra-Misión*, vol. I Pentateuco. *Para que el hombre viva*, Presentación del proyecto (pp. 12-16).

1. Lee el texto seguido.
2. Detente en aquel o aquellos párrafos que resuenen más en tu interior.
3. Puebla de rostros, situaciones, vivencias... aquellos rasgos o dimensiones de tu servicio misionero de la Palabra según vas haciendo la lectura y reflexión.
4. Preséntale al Señor en tu oración aquello en lo que encuentras mayor dificultad para integrar en tu vida.
5. Reelabora el escrito y redacta los puntos que en este momento configuran tu servicio misionero de la Palabra.



2.2. La Trinidad al fondo. ¡Suerte de aliados!

Suele suceder que entre la teoría y la práctica casi siempre hay distancias. Es muy probable que teóricamente estemos de acuerdo en que esto de nuestra misión es primordialmente un don que recibimos, una gracia que nos alcanza, un asunto en el que Dios está implicadísimo. Pero ocurre también que en momentos o etapas de la vida, en situaciones o circunstancias concretas, o en el modo de desarrollar las tareas que plasman la misión, podemos estar viviendo como si fuéramos sus dueños y señores (descarada o sutilmente), como si dependiera primordialmente de nosotros. ¿Qué nombre le pondremos a esto: protagonismo, talante prometeico, pseudo-mesianismo, orgullo, activismo...?

Por otro lado, algunas situaciones que se dan entre nosotros y que hablan de personas agotadas o quemadas en su tarea misionera, de desalientos y desencantos arrastrados con sensación de fracaso, de apariencia de funcionariado... podrían tener también algo que ver con el modo de entender en la práctica, de vivir, el ejercicio de la misión.

Es bueno partir de la honda convicción de fe de que no estamos solos en lo que hacemos. **En el cumplimiento de nuestra vocación y misión ni somos huérfanos ni estamos llamados a ser titanes.**

Volvamos a lo básico y elemental. Sí, Dios tiene un plan (llámese como se quiera: designio, proyecto, sueño...). Quiere que toda la humanidad sea salvada y llegue al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2, 4-5). Lo ha querido, lo quiere y lo querrá (pese a quien pese). Y cuando Dios quiere, quiere de veras: "El plan del Señor subsiste por siempre, los proyectos de su corazón de edad en edad" (Sal 32,11).

Si esto es así, y así lo creemos firmemente, lo más sensato es que nos aliemos con Él. Sí, que hagamos alianza con Él. Y decirle que estamos con Él en el empeño. Que nos sumemos a su plan, y al estilo que tiene de llevarlo a cabo en la historia (un estilo, por cierto, que —siendo sinceros— está lejos del que nos brota de forma natural a nosotros).

Hagamos caso al salmista que nos dice: "Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles" (Sal 126,1). Y Dios trabaja también de noche: "Quien diga que Dios ha muerto / que salga a la luz y vea / si el mundo es o no tarea / de un Dios que sigue despierto...". La fe en el amor providente de Dios, la confianza confesada (en Él vivimos, nos movemos y existimos) en su presencia nos hace vivir la misión como colaboración.

Lo nuestro es secundar la acción del Padre que trabaja en todo ser humano. La semilla plantada por el Padre en el corazón de cada persona y que Él sigue cuidando y atendiendo es nuestra aliada en la tarea evangelizadora. Así es: "Participamos en la misión que viene de Dios" (HAC 47). Habrá que poner las condiciones favorables para que esa semilla no quede oculta, ignorada. Habrá que pedir la sabiduría del buen cultivador, del paciente labrador. Pero desde la convicción de que el hombre es *capax Dei*, que lleva inscrita en la entraña la nostalgia de la Casa del Padre, el anhelo de la comunión con la divinidad.

Juega también a favor nuestro la certeza de que hemos sido creados teniendo como modelo a Jesucristo. El referente es siempre el Hijo: *Ecce Homo*. **Jesús es el rostro concreto del ser humano en su autenticidad y en su grandeza, la persona humana más lograda.** En Él se pone en claro lo que somos y lo que Dios quiere para cada uno, porque Jesús es el "hombre perfecto" (cf. GS 22). Por eso, el que lo sigue se perfecciona cada vez más en su propia dignidad humana (cf. GS 41). Jesús es la traducción humana del modo de ser y de actuar de Dios. Pensó, vivió y actuó como ser humano. Creados a imagen del Hijo, nuestra forma esencial —como dicen los teólogos— es crística. Como el Padre, también el Hijo trabaja en cada persona humana. Y nosotros podemos colaborar en la obra de Dios desde la honda convicción de que todo lo verdaderamente humano y lo mejor de los seres humanos conecta con el Evangelio de Jesucristo, que además lo plenifica (cf. Mt 5,17).

Por otra parte, el aliado principal, incondicional, es el Espíritu Santo. ¡Cuántas veces habremos dicho, conversado o predicado que Él es el Agente principal de la evangelización! El Espíritu está trabajando en el corazón de las personas, en las culturas, en los movimientos sociales, en las venas de la historia...

El Espíritu es el que prepara los corazones, el que los dispone para acoger la Buena Nueva. El Espíritu es quien convierte, quien da el conocimiento de Dios, quien da el don del arrepentimiento...

¡Qué bien nos hace releer, meditar y gustar el libro de los Hechos de los apóstoles: el impulso del Espíritu que desde el comienzo pone en marcha, sostiene y asiste a los testigos del Resucitado!

Solamente podemos llevar a cabo nuestra misión si nos adiestramos en aprender la gramática del Espíritu; si nos familiarizamos con su modo de hacerse presente en el corazón de la vida de las personas y

de los pueblos; si vamos afinando el oído para captar sus susurros; si estamos despiertos para recibir sus llamadas, secundar sus inspiraciones, poner las velas de la misión en la dirección en que llega su Sopro. El Espíritu es el Super-aliado de nuestra misión.

Todo esto tiene unas consecuencias muy prácticas y concretas sobre el modo y las maneras de plasmar en nuestras obras la misión que se nos confía. Estilos más evangélicos. Estilos más consonantes con el Evangelio.

No estaría nada mal que cada mañana, en la oración personal, comenzáramos con la conjugación del verbo "colaborar" o del verbo "secundar" (a modo de mantra: "yo colaboro con...", "nosotros secundamos..."), que siguiéramos con unos ejercicios de traducción de lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias, que continuáramos con un rato de contemplación de lo genuino humano que vieron nuestros

ojos en la tarea de la jornada del día anterior. Es decir, que aviváramos cada día la conciencia de ser "colaboradores" en la obra del Señor.

No. No pueden nuestras rutinas diarias, nuestros registros, nuestras claves, nuestros chips,... ser idénticos a los de los empleados de una empresa, de un comercio, de una oficina de la administración local...

Sentirnos humildemente colaboradores de Dios, descubriendo y secundando su acción, suave y como oculta a nuestro alrededor: por ahí caminan quienes se saben servidores de la Palabra; quienes trabajan por integrar realmente la misión evangelizadora en su vida, quienes intentan una lectura creyente de sus éxitos y fracasos, de sus vacilaciones y dudas para connaturalizarse más con el obrar divino, para acercarse un poco más al modo como hace Él las cosas.



Ejercicio 2: Rastreado la acción de la Trinidad

1. En un tiempo tranquilo, sin prisas... puedes pedir esta gracia de contemplar la actuación de las tres Personas en tu trabajo o en las personas con las que te encuentras en la misión.
2. Parte de la meditación de este texto de la Palabra de Dios:

"Zarpando, pues, de Troas, vinimos con rumbo directo a Samotracia, y el día siguiente a Neápolis; y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la provincia de Macedonia, y una colonia; y estuvimos en aquella ciudad algunos días. Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido. Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Cuando fue bautizada con toda su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, venid a hospedaros en mi casa. Y nos invitó a quedarnos" (Hch 16,11-15)

3. Desde esta escena, repasa momentos de tu vida al servicio de la tarea evangelizadora, en los que has podido descubrir esta realidad, en los que has sido testigo de cómo actúa el Señor por su Espíritu: cómo el Señor prepara, abre el corazón, lo dispone... y se sirve de nuestra mediación...
4. Dale gracias a Dios.

2.3. Disposiciones básicas: intuición, disponibilidad, catolicidad...

Desde la confianza básica que nos da sabernos cooperadores de la obra de Dios, con la serenidad que brota de experimentar que tenemos poderosos aliados en nuestra misión: así orientamos nuestro vivir misionero. Y desde ahí se replantean muchas cosas en nuestra vida. Desde ahí, por ejemplo, entendemos la tarea a la que nos exhortan nuestras Constituciones: "Ante todo, han de fomentar en sí mismos el sentido de intuición... el sentido de disponibilidad... el sentido de catolicidad..." (cf. CC 48).

Una de las acepciones del verbo "fomentar" es "dar calor que vivifique". Algunos sinónimos suenan así: alimentar, avivar, promover, impulsar... En esta exhortación que se nos hace hay un elemento que tiene que ver con el cuidado estimulante, la diligencia apasionada. Podemos entenderlo en la línea de otros verbos de las Constituciones como "procurar"...

Esta tarea conecta directamente con la calidad de nuestra vida espiritual. En el fondo, es tarea que se hace en la "fragua" de cada día. Y es un termómetro bastante fiable para percibir si tenemos interés por lo que somos, si queremos serlo de veras, con alma y corazón.

¿Dónde, cómo fomentar estas disposiciones básicas? No hay espacios reservados, exclusivos. Lo que tiene que haber es una auténtica determinación, un anhelo que para buscar los modos.

Sentido de intuición para lo más urgente, lo más oportuno, lo más eficaz. Suena a pretensión. Pero sabemos, por experiencia, que cuando estamos cautivados por una causa, cuando nos sentimos vivamente urgidos... ese sentido se activa.

No se trata de razonamientos, es habilidad para percibir de manera inmediata algo, es percepción ágil de dónde se encuentra el *quid* de la cuestión. Es una búsqueda de respuesta para esa inquietud que, en momentos de honradez, ronda en el corazón: **"Para mí, como misionero claretiano, ¿qué es hoy y aquí, en estas circunstancias, en este contexto, aquello que intuyo como la mayor necesidad, el mayor reclamo, el mayor desafío?; ¿qué respuesta habría que dar según los designios de Dios y con qué medios?, ¿de qué manera hacerla operativa, darle vida, plasmarla?"**. Esta inquietud, este movimiento del corazón, es personal, pero reclama el discernimiento conjunto, el contraste, el diálogo con los demás.

Una de las cosas que más podemos agradecer como claretianos es haber participado en esa corriente de búsqueda conjunta de lo que, en cada momento, nos ha ido pidiendo nuestro carisma misionero.



Habrán claretianos que sientan con cierto disgusto la multiplicación de reuniones, encuentros, instrumentos de consulta... Se puede comprender. Pero nos debe contagiar una convicción: esa especie de dinamismo sinodal en pequeño que ha venido practicando nuestra Congregación para auscultar la voz del Señor y percibir mejor los cómo de nuestra respuesta misionera, es fruto de la gracia, de la acción del Espíritu (aunque haya tenido sus sombras y sus defectos).

Es más, existe la impresión de que **nuestra Congregación ha crecido en este tiempo en sensibilidad para acoger la onda del proceso sinodal de la Iglesia universal**, y así hemos situado más eclesialmente nuestra contribución a la "única misión de la Iglesia".

Fomentar el sentido de intuición es una disposición básica para todo creyente consciente; lo es también para todos los carismas y ministerios en la Iglesia. Nuestra regla de vida nos pide que lo hagamos "atendidas las circunstancias de tiempos, lugares y personas, sin anclarse en métodos o instrumentos de apostolado inadecuados" (CC 48).

Esa atención a las circunstancias temporales, locales y personales es una exigencia de garantía de que nos tomamos en serio el "hoy" de la salvación, la ley de la encarnación y la necesidad de la inculcación. Y el aviso para no anclarse ni en métodos, ni en medios, es coherente con lo que buscamos. Sería ridículo mantener lo que ya no se adecua a la consecución del fin que perseguimos. La impronta misionera reclama aquella creatividad que se toma en serio la respuesta a los nuevos desafíos ("a vino nuevo, odres nuevos": Mc 2,18-22).

Mucho terreno se gana en esta tarea de fomentar el sentido de intuición cuando, en la vida corriente y ordinaria, vivimos despiertos, atentos a lo que ocurre alrededor, con la mirada y el interés más allá de las cuatro casas que se divisan desde la ventana y con una inquietud en el corazón que abarca no sólo a nuestro barrio, pueblo o cultura. Leer, pensar, estudiar, contrastar... con ojos de fe, con corazón urgido, en obediencia a la misión... Eso es estar fomentando las disposiciones básicas para un vigoroso servicio misionero de la Palabra

Fomentar además el sentido de disponibilidad. Al cultivo del sentido de intuición, se suma la exigencia de "estar dispuestos a renunciar... con el fin de realizar la misión..." (cf. CC 48).



Aunque suene a algo muy básico, lo primero para fomentar el sentido de disponibilidad es poseerse a uno mismo. Nadie puede disponer de sí mismo si no se auto- posee. El crecimiento personal, la maduración, el equilibrio, la unidad de vida son los previos necesarios para la disponibilidad. Seguro que recordarás cómo la Congregación, en diversos Capítulos Generales, insistió en **el cultivo de las bases humanas de nuestra vida en comunión fraterna, de nuestra consagración**. No puede ser de otro modo. A quien le posee el miedo, o el afán de asegurarse, o la búsqueda compulsiva de gratificaciones... no se le puede pedir que sea disponible.

Todo lo que hacemos por progresar cada día en nuestra vida misionera va dando cuerpo a la capacidad de disponibilidad, la va haciendo real.

No nos hacemos disponibles por decreto, ¿verdad? Lo somos por libertad interior. Cuando, de hecho, se está dispuesto a renunciar a todo lo que se tiene, se actúa la capacidad de ser disponible.

Es un ejercicio que, en parte, conjuga el verbo "soltar". Y –aunque traiga su dosis de dolor– se plasma en docilidad al Espíritu y en obediencia a las exigencias de la misión y genera un sereno gozo espiritual.

La práctica de la revisión de posiciones (como dinamismo permanente) que –no sin dificultades y reticencias– ha entrado a formar parte de la vida congregacional busca contribuir a mantenernos disponibles para el hoy de la misión en cada lugar.

Al leer las Constituciones se descubre que, en todos los niveles del gobierno, se acentúa como una responsabilidad grave esta preocupación por mantener a la Congregación pronta, dispuesta, decidida, libre para el servicio de la Iglesia y de "todo el género humano" (cf. CC 136. 113).

La tercera disposición que se nos pide que fomentemos es el sentido de catolicidad. Herederos de Claret, no nos resulta extraño que se nos pida esto. En el **Cuaderno 8** tendremos ocasión de volver sobre esto con más profundidad.

Nos debe mover a la acción de gracias a Dios el hecho de que, en este momento de la vida congregacional, hayan crecido de manera muy notable las condiciones para que cada uno de los claretianos podamos ensanchar esta dimensión de nuestro carisma misionero y el modo de practicarla. Nadie puede negar que, teóricamente, la expansión misionera que hemos experimentado como familia religiosa permite a quienes estén dispuestos a ello ampliar ho-



rizontes mentales y ensanchar y dilatar el aprecio por nuevos pueblos, razas y culturas. Asomarse, por ejemplo, al anuario claretiano o a los boletines informativos de los diversos organismos o a las diversas páginas web invita a superar localismos, estrechez de miras, inmovilismos... a crecer en una gran estima de otros valores presentes en otras latitudes.

Tener una mente y un corazón católicos es adiestrarse en deshacer prejuicios, en desmontar argumentaciones ideológicas, en saltar por encima de barreras raciales, culturales, religiosas. Tener una mente y un corazón católicos es estar abierto a todas las latitudes, pueblos y formas de vida. La catoli-

cidad es una invitación a salir de la pereza que tienta normalmente cuando uno está en exceso apegado (acostumbrado) a una cultura, a una latitud, a una forma de ejercer el ministerio.

Colocarnos en situación de ensanchar nuestra catolicidad es una tarea clara que compete a las instancias de gobierno de la Congregación. En cada uno de nosotros está el enriquecerse con ello y hacer más auténtico nuestro servicio misionero, mas católica nuestra mente y nuestro corazón.

Ejercicio 3: Reconocimientos

1. Toma la lista de las personas que forman tu Organismo (Provincia, Delegación...). Puedes servirte del Catálogo.
2. Dedicar tiempo a ir repasando sus nombres y haciéndolas presentes. Es muy probable que de ese grupo de personas hayas recibido algo valioso que tiene que ver con nuestro estilo de misión.
3. Intenta mirar ahora a esas personas desde el sentido de intuición, el sentido de disponibilidad y el sentido de catolicidad para la misión. Con espontaneidad, –incluso, con una chispa de humor– sin darle demasiadas vueltas a las cosas, coloca ahora delante de cada nombre una de estas tres iniciales: I (intuición) – D (disponibilidad) – C (catolicidad).
4. Haz un homenaje de reconocimiento –en tu corazón– a aquellas personas que mejor han plasmado estos rasgos y cuyo testimonio de vida ha alentado tu caminar como misionero claretiano. (Si te sientes animado a ello puedes incluso mandarle una nota de agradecimiento a alguno de estos hermanos).
5. También puedes hacer el ejercicio recordando a aquellas personas que has conocido –sacerdotes, catequistas, educadores...– en tu trabajo al servicio del Reino.

2.4. Comunión eclesial: “Sentir con la Iglesia”

Somos esa porción de Pueblo de Dios llamada Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que –en cuanto Instituto verdadera y plenamente apostólico– pertenece a la vida y santidad de la Iglesia (como los demás carismas de la vida consagrada). Es decir, nuestra patria chica es la Congregación; nuestra patria grande, la Iglesia. **La eclesialidad está en el ADN de nuestro carisma.**

Nuestro Fundador fue un ferviente hijo de la Iglesia. Se sintió urgido por la gracia a mirar con ojos de verdad cuáles eran sus males y a vivir con tal autenticidad el don de Dios que pudiera contribuir a acrecentar su hermosura. Somos herederos de un creyente que amó a la Iglesia, que se sintió Iglesia, que gozó con su santidad y sufrió con su pecado.

De entrada, la eclesialidad, el sentir con la Iglesia, la comunión eclesial... no tendría que suponer dificultad para ningún claretiano. Sin embargo, hay ocasiones en las que aparece una sensación de cier-

ta preocupación por cómo se vive esta dimensión de nuestro servicio misionero de la Palabra. Se puede escuchar o leer cosas que se refieren a desafección, a magisterio paralelo, a falta de comunión; o cosas que apuntan a “parroquialización”, a asimilación a la vida diocesana, etc.

Es saludable dejar, de vez en cuando, que resuenen las preguntas claras y directas: **¿Cómo estoy viendo la comunión eclesial, cómo la siento, cómo la cultivo? ¿Qué está significando para mí “sentir con la Iglesia”? ¿Qué resortes activa en mi mente y en mi corazón misionero?**

Es este un capítulo del libro de nuestra vida personal y congregacional que todos habríamos de escribir desde la cordialidad, la honradez y la fidelidad creativa a las raíces carismáticas que tenemos.

Siempre es tiempo de ser honrados. En esta época nuestra puede que más. La “nueva evangelización” en la que estamos involucrados, ¿no está reclamando, entre otras cosas, un clima de comunión

verdaderamente católico, una visión comúnmente compartida? La honradez ha de llevarnos a reconocer la densidad de lo que está en juego, así como las necesarias rectificaciones o ajustes tanto de enfoque como de conductas prácticas que necesitemos hacer. Nos haríamos un gran servicio a nosotros mismos, a la Congregación y a la Iglesia universal.

Hacer converger en la comunión católica todas las energías carismáticas e institucionales del Pueblo de Dios es un proceso complejo que, a menudo, genera tensiones y conflictos. Nadie moderadamente maduro puede sorprenderse.

Si en un determinado momento de la vida eclesial hubo que darle carta de ciudadanía a las *Mutuae Relationes* no fue sino como expresión de reconocimiento de la riqueza y la abundancia de vida que ha de ser canalizada en bien de la sinfonía eclesial y como instrumento orientador en las diferentes latitudes de las formas concretas de poner en práctica la comunión para la misión. Sentir con la Iglesia es, en este sentido, reconocer con ella la riqueza de la diversidad (de servicios, carismas, dones, ministerios, energías...) y la consiguiente complejidad que conlleva la comunión, la interrelación. La historia, desde los primeros capítulos del cristianismo, ilustra esta realidad.

Importa mucho cómo nos situamos, con qué ojos vemos y leemos la realidad eclesial. Tal vez estamos necesitando acentuar más el lenguaje que nos implique personalmente. Dicho en corto: hablar de la Iglesia en primera persona. **No son "ellos"; la Iglesia somos nosotros. Todos nosotros.** Todos los carismas y vocaciones; todos los estados y formas de vida.

Es bueno pararse un momento para tomar conciencia de qué es lo que digo cuando digo "Iglesia" (¿de qué estoy hablando?, ¿a quiénes me estoy refiriendo?...). Yo, ¿qué es lo que digo cuando digo "Iglesia"?

Porque hablar y sentir en primera persona de la Iglesia ayuda a desmontar ciertos estereotipos (tanto "conservadores" como "progresistas") que han hecho un flaco favor a la imagen que damos como Iglesia ante las sociedades civiles y que no han pro-

ducido frutos saludables en el interior de la comunión católica.

Sin perder la libertad carismática de la que gozamos, y a la que no hemos de renunciar, nos sentaría muy bien la moderación y la ponderación a la hora de hacer públicas nuestras posturas personales en todo aquello que es materia sensible a la hora de la comunión intra-eclesial. Por sentido de la responsabilidad, por respeto al "nosotros" eclesial, por verdadero aprecio a aquellos a quienes queremos acercar la Buena Noticia de la salvación.

La comunión que se plasma, que se palpa: esa es ciertamente evangelizadora, es un servicio a la misión. En ese sentido, "sentir con la Iglesia" es darle un rostro a la Iglesia. De manera sencilla, callada, estimulante, constructiva. En la medida en que hacemos "Iglesia" en nuestras tareas de misión, sea desde la plataforma pastoral que sea, en esa medida podemos estar seguros de estar fortaleciendo la comunión y cualificando la misión. Eso se nota y la gente lo percibe.

Nadie nos puede pedir cerrar los ojos a lo que no está bien. Nadie nos puede pedir que llamemos bueno a lo deficiente. **Pero, al igual que estamos llamados a reconocer nuestras miserias y pecados personales a la luz y el calor de la misericordia divina, del mismo modo, hemos de mirar, asumir e integrar los pecados y las debilidades eclesiales.** Hemos de hacerlo desde la viva conciencia de que son también pecados y debilidades nuestros y que la pureza del Evangelio nos llega siempre a través de una mediación impura. Hay que tenerlo en cuenta no sólo en la teoría; hay que tenerlo presente siempre. Como enfoque y como criterio para afrontar las situaciones concretas, los problemas y las tensiones en la vida eclesial.

Y, dentro de la comunión eclesial, no es justo ser generosos en indulgencia y comprensión con los pecados y las debilidades de los de fuera y no practicar nunca esas mismas actitudes con los de dentro (o incluso ser con ellos más duros e inmisericordes).

La debilidad y el pecado de la Iglesia, en definitiva, solamente se pueden llevar con dignidad evangélica cuando somos capaces de integrarlos en la fe; es decir, la cruz eclesial forma parte de la dinámica de la fe. Y puesto que lo que no es asumido no puede ser redimido, ni sanado, ni elevado, estaremos necesitando siempre esa serena lucidez para detectar dónde están las sombras y ese paciente empeño por alcanzar cotas de mayor autenticidad.

Las formas de vida consagrada –nosotros también– estamos llamados a ser "expertos en comunión". No hemos de olvidarlo ni un solo día en el ejercicio de nuestro servicio misionero de la Palabra.



Ejercicio 4: Luces y sombras

1. En dos columnas anota los valores que descubres en la Congregación y en la Iglesia universal.

CONGREGACIÓN

Organismo

IGLESIA

Iglesia local

2. Al lado de cada rasgo, de cada valor puedes ir anotando aquello que te parecen sombras...
3. Acerca ahora tu mirada a tu Organismo (Provincia, Delegación..) y a la Iglesia local en la que está inserta tu comunidad. Anota los nuevos rasgos que descubres.
4. Mira a la Iglesia, mira a la Congregación y contéplate a ti mismo (como hijo de la Iglesia, como hijo de la Congregación).
5. Fíjate ahora en lo que has escrito. Intenta descubrir las posibles relaciones, las implicaciones, las conexiones que se dan.
6. Da gracias al Señor.

2.5. Cuestión de libertad

Cuantas más veces se lee el capítulo VII de nuestras Constituciones mejor se comprende que esto de nuestra misión es una cuestión de libertad. ¡Como todo lo auténticamente evangélico!

Solo las personas libres, tocadas por la gracia de Dios, son las que transforman la realidad, las que permiten que lo más auténtico y genuino crezca y se desarrolle en la Iglesia para servicio del mundo. De las personas libres es de las que más se sirve Dios para hacer avanzar en la historia su proyecto salvador. De las personas libres se sirve el Espíritu para renovar y reformar las familias, las instituciones y las obras eclesiales.

¿No tienes la sensación de que estamos necesitando en la sociedad, en la Iglesia, en la Congregación personas realmente libres, verdaderamente libres, decididamente libres, audazmente libres?

El servicio misionero de la Palabra, para ser vivido con verdad y autenticidad, precisa claretianos que hayan recorrido el largo camino de la libertad; que hayan abandonado las cadenas de las seguridades de Egipto, se hayan dejado guiar por el desierto –sin nada más que lo puesto– y, despojados de sí mismos, hayan sido revestidos de la libertad de la Pascua.

Si este don no lo pedimos –también con lágrimas– poco fruto puede dar nuestro ministerio. La habilitación para la misión –que es tarea del Espíritu en nuestra débil carne– nos pide estar dispuestos a

asumir todo el proceso hasta ser saeta ligera para ser lanzada. Para consagrarnos libremente a nuestra vocación misionera (cf. CC 49). No puede ser de otro modo. No hay misión sin libertad.

Y lo sabemos bien que “solo desde el amor la libertad germina, solo desde la fe van creciéndole alas”. No hay libertad sin experiencia de sabernos gratuitamente amados y salvados. No hay libertad sin la audaz confianza de sabernos sostenidos y guiados en la vida. “Solo Dios basta”. Sin las experiencias de incondicionalidad poco lastre podremos soltar. Solo se queman las naves cuando Dios nos es “suficientísimo” (cf. Aut 445). Sin añadiduras.

La libertad cristiana es fruto del amor y de la fe. Y ya vamos sabiendo también que lo que más nos cuesta es la experiencia teologal: vivir de la fe y del amor, “nacer de nuevo” (cf. Jn 3,3). El estatuto de la vida nueva en Cristo es don y tarea. Por eso, la libertad –hija del éxodo y de la pascua– no es algo que podamos dar por supuesto; es algo que hemos de pedir confiadamente, anhelar sinceramente y trabajar honradamente.

En lo más íntimo de nosotros mismos, en las estructuras eclesiales, anidan siempre larvas de servilismo, de sometimiento, de esclavitud. Solamente el antivirus de la cruz del Señor puede contrarrestar ese veneno. ¿Estamos serenamente dispuestos a entregar esa ofrenda?

Acostumbrarse. Es una tentación, un pecado que ni siquiera lo parece. Por ello es tan seductor. Casi sin darnos cuenta entramos a formar parte del grupo

de sus fieles seguidores. Vivir en actitud de vigilancia, abiertos a las sorpresas del Espíritu, es pan que diariamente ha de formar parte de nuestro sustento si queremos andar de verdad por los caminos del seguimiento.

Adorar el becerro. Es una tentación, un pecado que necesita finura de discernimiento para ser detectado y confesado. Los becerros de la seguridad, de la profesionalidad, de la autorrealización... no han desaparecido del escenario actual. Reclaman tiempo, energías, dedicación que hay que sustraer al culto del único Dios vivo y verdadero. Lo de adorar a dos señores está claro que tarde o temprano pasa factura y vivir en la inautenticidad siempre acaba mal. Renovar nuestras renunciaciones bautismales, revivir el acto de la profesión religiosa, no debería ser solo para las ocasiones "especiales"; su dinamismo interno necesita ser incorporado a nuestro diario latir misionero.

La acomodación, los ídolos, la falta de entrega... Es bueno que, cada uno, en la sinceridad de su con-

ciencia, tome nota de los recortes, obstáculos y trampas que acosan a su libertad para el servicio de Dios y los hermanos. Y, con lucidez, proseguir el camino de liberación fiado de la gracia, sin omitir los medios que la sabiduría de nuestra familia religiosa pone a nuestra disposición. Tendrás ocasión de volver sobre todo ello en el **Cuaderno 9**.

"No amaron tanto su vida que temieran la muerte" (Ap 12,11). Este es el testimonio y la lección permanente de las personas más libres: los mártires de todos los tiempos. Los misioneros claretianos tenemos –gracias a Dios– dónde mirarnos y a quiénes acudir para que intercedan en nuestro camino de libertad. **Hace poco más de un año se estrenó la película "Un Dios prohibido" sobre los 51 mártires de Barbastro**. Su testimonio y su intercesión, sin duda, nos harán más fácil llegar a asimilar nuestro deber "de anunciar la Buena Nueva del Reino en fidelidad y fortaleza, sobre todo porque son muchos los que a él se oponen, por ambición de poder, por afán de riquezas o por ansia de placeres" (CC 46).

Ejercicio 5: En el camino de la libertad

1. En un tiempo tranquilo, repasa la línea de la libertad en tu vida de misionero claretiano.
2. ¿De qué te sientes libre...? ¿De qué has sido liberado...? ¿Para qué te sabes libre...? ¿Dónde se sostiene tu libertad...?
3. Da gracias al Señor.



Organizar un **encuentro de la comunidad con uno de los responsables de pastoral de la Iglesia local** en la que estamos insertos.

Según el tipo de obra pastoral que tenga encomendada la Comunidad se puede invitar al Vicario de Pastoral o al Arcipreste o al Delegado de Catequesis y Enseñanza o al de Medios de Comunicación...

La finalidad del encuentro es la de compartir la experiencia de comunión eclesial e intercambiar la visión y valoración que tienen la Comunidad claretiana y la Iglesia particular.

Para el mejor desarrollo de este encuentro pueden servir las siguientes sugerencias:

1. La comunidad claretiana, en fechas próximas antes del encuentro, se reúne **para compartir la visión personal que se tenga acerca de la vida de la Iglesia particular**: sus luces y sombras. Con ello se pretende tomar conciencia de cómo se sienten Iglesia y cómo están viviendo la comunión eclesial.
2. Un hermano de la Comunidad **toma nota de todo ello** en vistas al encuentro programado.
3. En dicha reunión **se ora expresamente por la Iglesia local**.
4. Con antelación suficiente, **el Superior concreta y anuncia la fecha y modalidad del encuentro** con el responsable diocesano.
5. En el mismo **encuentro de la comunidad con el responsable diocesano** de pastoral se pueden contar con:
 - Algunas informaciones de interés sobre la comunidad claretiana y sobre la Iglesia local.
 - Un intercambio coloquial sobre cómo percibe la comunidad a la Iglesia local y cómo percibe el responsable diocesano la inserción de los claretianos en esa Iglesia particular.
 - Un tiempo de oración compartida.

3. Sugerencias para la reunión comunitaria

Vivir el día a día dejándonos guiar por el Espíritu del Señor: a esto nos invita el tiempo ordinario que retomamos después de celebrar la Solemnidad de Pentecostés. Vivir cada día como Servidores de la Palabra en la Iglesia: a eso estamos llamados.

En estos 37 días que abarca este **Cuaderno 5**, la Palabra de Dios va a ofrecerte su alimento: su luz, su orientación, su exigencia, su interpelación... Acogida con corazón abierto, irá haciendo su obra en nosotros: configurarnos como oyentes y servidores de Aquel que centra y sostiene nuestra vida misionera.

En estas cinco semanas vas a encontrar celebraciones litúrgicas de gran calado: la fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote (en algunos países); las solemnidades de la Santísima Trinidad, Corpus Christi, Natividad de san Juan Bautista, Corazón de Jesús, Inmaculado Corazón de María.

El recuerdo de grandes figuras apostólicas (san Bernabé, san Antonio de Padua, san Luis Gonzaga, san Pedro y san Pablo, santo Tomás, san Benito, san Buenaventura) puede animarte en el compromiso pastoral. Como a nuestro Fundador, también a nosotros hacer memoria de estos grandes seguidores del Señor nos estimula en el servicio misionero.

En los días de feria **la primera lectura** está tomada de 1 y 2 Reyes, Amós, Oseas e Isaías.

El **Evangelio de Mateo** va a ser nuestra compañía mayor en este tiempo. La sección que vamos a meditar (Mt 5—11) nos muestra la proclamación de la cercanía del reino de los cielos, una proclamación que va dirigida a todos. Jesús, nuevo Moisés, predica el Reino, con obras y palabras, y extiende este mensaje por medio de sus discípulos.

Escuchar al Maestro y contemplarle anunciando y haciendo presente el Reino de Dios es el regalo que te irá ofreciendo la liturgia de la Palabra, día a día.

4. Pistas para la "lectio divina"

Lunes 9 de junio de 2014

- 1 Re 17, 1-6
- Sal 120
- Mt 5, 1-12

¿Qué anunciamos? ¿Qué brota de nuestro corazón y rebosa en los labios? ¿Es anuncio de gracia, de dicha, de salvación...? Contempla al Maestro, sentado en lo alto, rodeado de los suyos... Contempla. Escucha: “¡Bienaventurados!”. Es para ti, que tienes hambre y sed de felicidad, de aventurar bien la existencia, de alcanzar una vida lograda... Es para ti, constituido por la gracia en heraldo del Señor, que sientes la urgencia de anunciar hoy buenas noticias, de compartir el hallazgo de un tesoro, de comunicar a todos el misterio íntegro de Cristo... Contempla. Escucha. Acoge. Aprende. Testimonia.

Martes 10 de junio de 2014

- 1 Re 17, 7-16
- Sal 4
- Mt 5, 13-16

¿Cómo está tu vida de iluminada?, ¿cómo de sabrosa es tu existencia?, ¿cómo de sazónada se muestra tu conducta, tu quehacer? ¿A quién dan gloria quienes te ven y te escuchan; a quién bendicen quienes reciben tu predicación, tu enseñanza, tu consejo, tu solicitud pastoral? ¿Qué melodía proclaman tus obras? ¿A qué danza convoca tu servicio evangelizador? Si te privas del Pan sabroso, si te alejas de la Luz ardiente... Si te vuelves soso... Si te ocultas tras la máscara de la función... Si te encierras en tu privacidad... ¿Cómo vas a ser sal y dar sabor a la vida, cómo vas a ser luz e iluminar en las noches! ¿Cómo van a dar gloria a Dios por tu ministerio!

Miércoles 11 de junio de 2014. Memoria de san Bernabé, apóstol

- Hch 11, 21b-26; 13,1-3
- Sal 97
- Mt 10, 7-13

“Lo que has recibido gratis...”, “No lleses...” “Hombre de bien, lleno de Espíritu Santo y de fe”. Mírate hoy en el espejo de la Palabra y en el espejo de la vida de Bernabé. ¿Cómo va tu ministerio de gratuidad?, ¿predomina la acción de gracias en tu oración?, ¿siembras con generosidad tu tiempo, tus recursos, te siembras con generosidad...? ¿Qué llevas y qué dejas cuando vas a la acción pastoral, a la tarea evangelizadora? Eres un servidor de la Palabra en la Iglesia; pide la intercesión de Bernabé. Nuestro mundo, nuestra Iglesia, nuestra Congregación necesita hombres de bien, llenos de fe, servidores de la universalidad del Evangelio, llenos de Espíritu. Mírate en la Palabra, mírate en Bernabé.

Jueves 12 de junio de 2014. Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote [Cal CMF, 195-199]

- Is 52,13-53,12
- Sal 39
- Heb 10, 11-18
- Lc 22, 14-20

Con el salmista confesamos: “Aquí estoy para hacer tu voluntad”. En nuestras entrañas ha prendido el fuego de su llamada. Llamados a ser siervos como el Siervo, a hacer ofrenda de la propia vida, a entregarnos como pan partido, a ser más eucarísticos cada día. Él se ofreció de una vez para siempre; su entrega es la fuente en la que bebemos la capacidad de entregarnos cada día, todos los días, un día más... Deseemos vivamente que nos sienta a su Mesa y que se nos entregue, para ser alimento de su Pueblo.

Viernes 13 de junio de 2014. Memoria de san Antonio de Padua, presbítero y doctor de la Iglesia [Ordenación presbiteral de san Antonio María Claret: Cal CMF, 165-169]

- 1 Re 19, 9.11-16
- Sal 26
- Mt 5, 27-32

No podemos ser seguidores suyos y sus testigos si nos negamos a que nos rectifique la mentalidad, los criterios al uso que tenemos, las valoraciones que hacemos... “Pero, yo os digo”. Hay principios ideológicos, valores en circulación, criterios de conducta asumidos, aceptados, sociológicamente respaldados... “Pero, yo os digo”. Sí. Buscaremos su rostro. Nos cubriremos respetuosamente, como Elías, para que acontezca su revelación. Buscaremos, Señor, tu verdad, tu criterio, lo que Tú dices... aunque no sea “políticamente correcto”, aunque se salga de la media sociológica, aunque “todo el mundo” no lo vea así...

Sábado 14 de junio de 2014

- 1 Re 19, 19-21
- Sal 15
- Mt 5, 33-37

No basta no jurar en falso. Ni siquiera debes jurar. La palabra de Jesús va más allá, apunta al corazón de la cuestión. Nos interesa entender lo que quería Jesús. Nos interesa comprender qué comunidad quería el Señor: de transparencia, de lealtad, de confianza. ¿El sí, nuestro sí, es un verdadero compromiso hacia el otro de tal modo que basta la palabra para darle seguridad? ¿Si digo “sí” estoy diciendo que puedes contar conmigo? Que nuestro hablar sea siempre decir la verdad, en confianza recíproca, de modo que sea suficiente con nuestra palabra: sí o no. Somos frágiles y débiles. No hemos podido, hasta ahora, eliminar el juramento. ¿Llegará el día en que ya no apelemos a ningún testigo puesto que el otro, por ser mi hermano, me impone no engañarlo y decirle la verdad?

DOMINGO 15 DE JUNIO DE 2014. SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

- Ex 34, 4-6.8-9
- Dn 3,52-56
- 2 Co 13, 11-13
- Jn 3, 16-18

No creemos en cualquier “dios” ni en un Dios cualquiera. Confesamos nuestra fe en el misterio adorable de un Dios que es comunión, comunicación, relación, donación, entrega... Nuestro ministerio se va haciendo más connatural con la fe que profesamos: cuando trabajamos nuestras manos por superar la incomunicación, la disgregación, el aislamiento, la separación, la división; cuando a nuestro anuncio le acompañan los gestos concretos de crear familia, de estrechar lazos, de establecer puentes, de sumar energías... Así en la tierra, como ya es en la comunión del cielo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Lunes 16 de junio de 2014

- 1 Re 21, 1-16
- Sal 5
- Mt 5, 38-42

En nuestro proceso de creyentes vamos hacia esos valores nuevos que están en la entraña del Evangelio. La superación de la venganza, es uno de ellos. ¿Qué haces por romper la espiral del daño, de la ofensa, de la violencia; por avanzar hacia esa meta a la que se dirigen los pasos de la nueva familia del Señor? Cultivemos en nosotros mismos, y en el ejercicio concreto de nuestra misión, actitudes no-violentas. Porque así es el corazón del Padre. Ensayemos conductas nuevas, que superan el cumplimiento de la ley. “Se dijo... pero, Yo os digo”.

Martes 17 de junio de 2014

- 1 Re 21, 17-29
- Sal 50
- Mt 5, 43-48

La nueva vida del Evangelio apunta alto. La referencia es la calidad del corazón del Padre. No estamos llamados a vivir de mínimos. No hacemos ningún servicio en nuestra misión si apuntamos corto; si por adaptar rebajamos, si por acomodar recortamos... Pregúntate: ¿hasta dónde da de sí la capacidad de amar que nos regala el Señor si nos ponemos a la tarea con toda el alma? Hasta al enemigo, al adversario, al perseguidor... puede alcanzar la verdad y la fuerza de nuestro amor. ¿Nos atreveremos a amar como lo hace nuestro Padre celestial? ¿De eso se trata!

Miércoles 18 de junio de 2014

- 2 Re 2, 1.6-14
- Sal 30
- Mt 6, 1-6.16-18

Cuando des limosna, hagas oración, practiques el ayuno; cuando realices la acción pastoral, cuando te relaciones con los demás, cuando hagas cualquier cosa en tu jornada... ¡cuidado con la vanagloria! No te exhibas, no busques el aplauso, no provoques el elogio... ¡no estropees las buenas obras! Estemos atentos, reconozcamos nuestra vulnerabilidad ante el riesgo de caer. Que el Señor nos libre de la esclavitud del éxito, de contentar sin más a la gente. Lo que cuenta es la autenticidad de la relación, comenzando con la relación con el Padre celestial. Cultivémosla, cuidémosla.

Jueves 19 de junio de 2014

- Eclo 48, 1-15
- Sal 96
- Mt 6, 7-15

El deseo ardiente de que se realice el sueño de Dios sobre nosotros y sobre el mundo -que el Reino se manifieste- nos adentra en la oración. La experiencia de Dios como Padre al que le urge regalar a sus hijos la vivencia de la filiación y de la fraternidad nos alcanza como una bendición. ¿No es cierto que cuando rezamos con autenticidad hacemos nuestro el apasionado deseo de Jesús? Pidamos con humildad, porque sabemos que es fruto de la gracia: lo necesario para cada día, el perdón de nuestras culpas, la paz entre nosotros, la resistencia en la prueba, la liberación de todo influjo del mal. ¿Verdad que aún no sabemos rezar como conviene?

Viernes 20 de junio de 2014

- 2 Re 11, 1-4.9-18.20
- Sal 131
- Mt 6, 19-23

El placer de acumular es venenoso. Y pone en peligro el ejercicio del ministerio ante el pueblo de Dios. La gente perdona muchos defectos de los ministros y servidores del Evangelio. Saben disculpar nuestras faltas. Pero, ante la avaricia... Cuando notan que los pastores son ávidos de dinero, que lo acumulan para no se sabe qué propósitos, su ministerio queda desautorizado. Vigilemos nuestro corazón. ¿Dónde lo tenemos puesto? ¿En qué tesoros, en qué riquezas?

Sábado 21 de junio de 2014. Memoria de san Luis Gonzaga, religioso

- 2 Cro 24, 17-25
- Sal 88
- Mt 6, 24-34

Quien se preocupa más de lo debido o se sobrevalora, o no acaba de confiar y termina por suplantar al Padre providente que cuida amorosamente de todas sus criaturas. Saberse en las manos del Padre celestial es un estupendo antídoto para mitigar nuestra naturaleza ansiosa. ¿No es verdad que el Padre nos quiere con un corazón libre de las necesidades y de las inquietudes que tienden a focar la Palabra? Hemos de aprender a pedir que nuestro corazón sea liberado de las preocupaciones inútiles y sea colmado por la paz y la serenidad que Dios promete a sus hijos. Hagámoslo hoy al comenzar la jornada, implorémoslo a lo largo de nuestro cotidiano quehacer.

DOMINGO 22 DE JUNIO DE 2014. SOLEMNIDAD DEL STMO. CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

- Dt 8, 2-3.14-16
- Sal 147
- 1 Co 10, 16-17
- Jn 6, 51-58

Prenda de resurrección, la Eucaristía es la celebración de la vida. En ella todo se nos da. En ella todo lo recibimos: la palabra, el pan, la presencia... No hay misionero claretiano sin Eucaristía diaria. No hay servidor de la Palabra en la Iglesia si se abandona o se descuida la Mesa del Señor. Venerar de tal modo los misterios de su Cuerpo y de su Sangre hasta ser transformados en aquello que comemos y veneramos. Venerar de tal modo los misterios de su Cuerpo y de su Sangre que nos sea, cada día más fácil, reconocerlo y servirlo en aquellos con quienes se identificó de modo especial: “tuve hambre, tuve sed, estaba desnudo, estaba en la cárcel...”

Lunes 23 de junio de 2014 [E. Pedro Mardones: *Cal CMF*, 179-185]

- 2 Re 17, 5-8.13-15.18
- Sal 59
- Mt 7, 1-5

¿Qué nos pide hoy el Señor a nosotros que instintivamente formulamos juicios sobre todo aquello que cae en nuestro campo de percepción: personas, situaciones, acontecimientos...? ¿Nos exhorta a algo imposible, impracticable? Pongámonos a ello: no juzgar nunca el corazón de nadie, porque sólo el Padre celestial lo conoce; abstenerse de hacer juicios tajantes, destructivos, definitivos... Sinceramente y con humildad pidamos perdón por todos nuestros juicios temerarios, precipitados, sin misericordia, duros, rígidos, condenatorios. Tenemos mucho camino por delante.

Martes 24 de junio de 2014. Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista

- Is 49, 1-6
- Sal 138
- Hch 13, 22-26
- Lc 1, 57-66.80

Acogemos la invitación que se nos hace hoy, al celebrar el nacimiento de Juan el Bautista, al gozo profundo, a la alegría. Tomamos conciencia de los motivos que tenemos, como servidores de la Palabra en la Iglesia, para la alegría espiritual. Como Juan, saltamos de gozo porque hemos conocido a Jesús, el Señor y nuestro encuentro con Él ha dado sentido a nuestra vida. Como Juan revivimos el don de la llamada (“hizo mi boca una espada afilada, me hizo flecha bruñida...”.) Como Juan reconocemos el encargo recibido: mostrarle a las gentes como Cordero que quita el pecado del mundo. Como Juan nos sabemos invitados a mantenernos firmes en el testimonio hasta la entrega de la vida.

Miércoles 25 de junio de 2014

- 2 Re 22, 8-13.23, 1-3
- Sal 118
- Mt 7, 15-20

Una invitación al realismo: hay falsos profetas. Una llamada al discernimiento: por sus frutos los conoceréis. Los falsos profetas existen y tienen capacidad de engañarnos. Jesús nos advierte sobre los que no alardean, sobre los que aparecen camuflados: de modo manso, afable, pero que acaban haciendo estragos. Necesitamos afinar. Estar atentos a las señales de peligro. Y, sobre todo, estar connaturalizados con lo que son los frutos que nos dan la clave para discernir. ¿Cuáles son los frutos del ministerio auténtico, de la profecía verdadera, de la misión de los servidores de la Palabra en la Iglesia? ¿Cómo se dan en nosotros? ¿Qué ves en ti?

Jueves 26 de junio de 2014

- 2 Re 24, 8-17
- Sal 78
- Mt 7, 21-29

El sermón del monte se cierra con una vigorosa llamada a edificar la vida sobre la roca firme de la Palabra del Señor. Llamada que hoy se puede convertir, en mi corazón y en el tuyo, en una preciosa invitación a detenernos y ver cómo estamos construyendo nuestras vidas de creyentes, dónde estamos asentado el modo de proceder, sobre qué cimientos se alza nuestro ministerio, la predicación, la solicitud pastoral, la vida misionera... Bien sabemos que no basta decir: “Señor, Señor”. Reconozcamos, como los contemporáneos del Señor, que Él nos habla con autoridad. Démosle hoy, de nuevo, crédito a su llamada, a sus interpelaciones. Así sea.

Viernes 27 de junio de 2014. Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

- Dt 7, 6-11
- Sal 102
- 1 Jn 4, 7-16
- Mt 11, 25-30

Jesús exultante de júbilo. Jesús inundado del gozo que le produce la experiencia inigualable que tiene de Dios como “Abbá”. Jesús que nos abre las puertas de su Corazón para revelarnos el misterio del Corazón del Padre: su inclinación, su predilección, su identificación con los pequeños, con los perdidos, con los excluidos, con los desheredados... Celebrar el Corazón de Jesús es adentrarse en el núcleo de la revelación: “todo el que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios, porque Dios es amor”. El gran pecado es no amar. La mejor adoración del Sagrado Corazón de Jesús es desvivirse en el amor. Así, sin más, sin glosas.

Sábado 28 de junio de 2014. Solemnidad del Inmaculado Corazón de María

- Is 61, 9-11
- 1 Sam 2,1-8
- Ga 4, 4-7
- Lc 2, 41-52

Los asuntos del Padre, su plan, su proyecto: su Reinado. Esa es la clave de comprensión de la persona de Jesús, desde su infancia. Nadie entiende nada, nadie discute nada, ni siquiera sus propios padres. María guardaba todo esto en su corazón (aquí tenemos la primera pincelada del modelo de discípulo dócil a la Palabra). Contemplar el corazón de María es adentrarse en la dinámica de cómo podemos llegar a ser de verdad discípulos del Señor. Celebrar la fiesta es, para toda la Familia Claretiana, reafirmar que sin ternura, sin corazón no hay misión. ¡Felicidades!

DOMINGO 29 DE JUNIO DE 2014. PEDRO Y PABLO, APÓSTOLES Y COMPATRONOS [187-199]

- Hch 12, 1-11
- Sal 33
- 2 Tim 4, 6-8.17-18
- Mt 16, 13-19

Nuestro servicio misionero de la Palabra bebe en la manera paulina de evangelizar, de suscitar la fe, de consolidar las comunidades de creyentes. Por ser “esforzados colaboradores de los Pastores” nuestro servicio misionero de la Palabra está al servicio de la comunión eclesial. Con Pedro y con Pablo hacemos confesión de fe. En el centro de nuestra vida, de nuestra tarea, de nuestros afanes, de nuestras penas y alegrías, lo fundamental, lo primordial, lo decisivo es la amistad, el seguimiento y la identificación con Jesús. “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”, “Para mí la vida es Cristo”. Confesar, testimoniar, traslucir esto... por ahí ha de transcurrir nuestra vida ¿verdad?

Lunes 30 de junio de 2014

- Am 2, 6-10.13-16
- Sal 49
- Mt 8, 18-22

Como al “letrado” también a nosotros nos mueve el deseo de ir tras las huellas del Señor. Como al “letrado” también a nosotros nos recuerda hoy el Señor su estilo de vivir para que contrastemos: Él no tuvo donde reclinar la cabeza... Como ese otro discípulo que pide un aplazamiento, también a ti y a mí el Señor nos puede preguntar hoy: ¿qué entiendes por ‘primero’?, ¿qué es en la práctica lo ‘primero’ en tu vida, en tu tarea?, ¿qué es lo que te hace gastar más energías? La disponibilidad sin cálculos, la libertad sin recortes, la entrega sin condiciones.... El Hijo del Hombre siempre reclama por ahí... Hoy también.

Martes 1 de julio de 2014

- Am 3, 1-8; 4, 11-12
- Sal 5
- Mt 8, 23-27

Nunca ha sido fácil la tarea evangelizadora en seguimiento del Señor. En toda época y situación pueden levantarse o arreciar las dificultades, las penalidades, las adversidades, los fracasos y la persecución. Crecer en fe y en confianza es abrirse, en esas situaciones de hundimiento, a una presencia real y misteriosa, la del Señor que parece dormir. Solamente la fe y la confianza, probada y acrisolada, nos hace avanzar en el camino real del seguimiento. ¿A quién invocas en “la tormenta”?, ¿a quién acudes en la dificultad? La fe atraviesa la oscuridad. La confianza abre caminos nuevos...

Miércoles 2 de julio de 2014

- Am 5, 14-15.21-24
- Sal 49
- Mt 8, 28-34

Nuestro servicio pastoral tiene un claro componente de lucha contra el mal. Ir ganando terreno frente a las fuerzas que tienen a tantas personas sometidas a una vida inhumana forma parte de nuestro quehacer como discípulos del Mesías. Una lucha en la que hay que contar con resistencias y oposición. Seamos lúcidos. Trabajar en la recuperación de la dignidad perdida exige un peaje que no todos quieren ofrecer. Siempre habrá a quien no le interese que las cosas cambien porque en sus cálculos no es rentable para ellos. Estemos siempre cerca del Señor para poder enfrentar el mal, para hacerlo lúcidamente, para cargar con las consecuencias...

Jueves 3 de julio de 2014. Fiesta de santo Tomás, apóstol y patrono [Cal CMF, 205-209]

- Ef 2, 19-22
- Sal 116
- Jn 20, 24-29

He aquí una buena ocasión para agradecer al Señor que su Palabra narre también nuestras historias, y nos retrate al vivo en nuestras dudas y búsquedas, en nuestro camino de fe. Hoy siéntete Tomás. Porque... ¿es que todos somos Tomás! Sólo la fe nos hace bienaventurados y discípulos del Señor. Sólo haber visto y tocado en fe nos hace bienaventurados y discípulos... Repasa hoy las veces que has podido tocar en fe las heridas del Señor (en tantas personas con las que has estado en contacto en la misión). Repasa hoy las veces que has visto en fe el rostro del Señor, en los múltiples rostros con que se nos acerca, cada día... Ver y tocar en fe. Hoy también.

Viernes 4 de julio de 2014

- Am 8, 4-6.9-12
- Sal 118
- Mt 9, 9-13

Uno de los gestos más expresivos de la novedad que nos llega del Maestro de Nazaret son las comidas abiertas a todos, sin discriminaciones de ningún tipo y las comidas ‘escandalosas’ con los pecadores, marginales, gente fuera del sistema... ¡Cuánta carga de profundidad lleva tomarse en serio las cosas del Señor! ¿Cómo anda nuestra vida y misión en eso de poner en práctica la novedad que Él nos enseñó, proclamó y practicó? ¿Quiénes son los que se sientan a la mesa de nuestro quehacer pastoral? ¿Quiénes no están? ¿A quiénes vamos a buscar? ¿A quiénes no salimos al encuentro?

Sábado 5 de julio de 2014

- Am 9, 11-15
- Sal 84
- Mt 9, 14-17

¿Vives con la conciencia de que ya ha comenzado la fiesta del Reino de Dios, a pesar y en medio de todas las penalidades, o aún pesa en ti la antigua condición, la vieja mentalidad, los méritos y la ley? La Buena Noticia no se casa con apaños, ni con remiendos; no se reduce a simples retoques o pequeñas reformas... Nuestra misión es convocar a la vida nueva, en Cristo Jesús el Hombre Nuevo. Los amigos del Novio se sacuden la tristeza heredada. Los amigos del Novio saben distinguir el sabor del nuevo vino del Reino. Los amigos del Novio son amigos de los pobres, pequeños y olvidados... Nosotros ¿qué somos: simplemente conocidos o verdaderos amigos del Novio?

DOMINGO 6 DE JULIO DE 2014. XIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

- Zac 9, 9-10
- Sal 144
- Rm 8, 9.11-13
- Mt 11, 25-30

Hemos de ser personas formadas y preparadas, bien formadas, sólidamente preparadas. Ser Servidores de la Palabra en la Iglesia nos pide, entre otras cosas, cualificación, capacitación... Esto es necesario, pero no es suficiente. Siempre estaremos necesitando el don que regala el Señor a los sencillos de corazón. En esto, pedir y suplicar, sin cansarse; y abrirse a la acción del Espíritu. Seamos de quienes van por la vida con un corazón tan abierto a la gratitud y el reconocimiento como el que manifiesta Jesús. Da hoy muchas gracias al Padre por la revelación que hace a la gente sencilla; da muchas gracias por la sabiduría evangélica que has encontrado en tanta gente sencilla que has conocido...

Lunes 7 de julio de 2014

- Os 2, 14-16.19-20
- Sal 144
- Mt 9, 18-26

Nuestra referencia es siempre Jesucristo. En todo y para todo. “Él manifiesta su amor para con los pobres y los enfermos, para con los pequeños y con los pecadores. Él nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano”. El dolor de ese padre y la vergüenza de esa mujer del Evangelio de hoy concentran y resumen todos nuestros males personales y colectivos. Si vivimos unidos a Él, vencedor del pecado y de la muerte, ¿no es verdad que nuestras palabras y obras pueden llegar a ser medicinales, sanantes, revitalizadoras...? Sólo unidos al Viviente, en comunión con Él, podremos comunicar vida; ¿no podemos olvidarlo!

Martes 8 de julio de 2014

- Os 8, 4-7.11-13
- Sal 113 B
- Mt 9, 32-38

El resumen que hace el evangelista sobre la actividad del Maestro nos invita hoy a contemplar al Señor para aprender (mirarle para imitarle): recorría, enseñaba y curaba; todas las ciudades y aldeas, todas las sinagogas, todas las dolencias... Estamos llamados a dejar nuestra comodidad y salir al encuentro de... Estamos llamados a enseñar todo lo que Él nos dijo... Estamos llamados a realizar los gestos que hoy traigan la vida, la salud, la plenitud... Con pasión, con intensidad, con espíritu universal: a todos los caminos, a todas las gentes... Como Claret: “Mi espíritu es para todo el mundo”. Desde la urgencia de la evangelización, brota natural la súplica: “envía, obreros a tu mies, Señor”.

Miércoles 9 de julio de 2014

- Os 10, 1-3.7-8.12
- Sal 104
- Mt 10, 1-7

“Jesús llamó a sus doce discípulos...”. “Id y proclamad que el Reino de los cielos está cerca”. Hoy podemos ir de la Palabra a las Constituciones y renovar, un día más, el sí vocacional. “A nosotros, llamados a semejanza de los Apóstoles, se nos ha concedido también el don de seguir a Cristo en comunión de vida y de proclamar el Evangelio a toda creatura, yendo por el mundo entero”(CC 4). Renovar la decisión de adelantar en el camino del seguimiento... Avivar el celo misionero... En aquel tiempo y en este tiempo Jesucristo llama y otorga autoridad para expulsar el mal, para hacer crecer la corriente del bien... Agradece que Él hay puesto tu nombre en la lista de sus discípulos.

Jueves 10 de julio de 2014

- Os 11, 1b-4.8c-9
- Sal 79
- Mt 10, 7-15

“El seguimiento de Cristo, tal como se propone en el Evangelio, es, pues, para nosotros la regla suprema”. En la jornada de hoy queremos escuchar de nuevo al Maestro cuando nos propone las reglas de la vida apostólica: gratuidad, vida itinerante y desprendida... ¿Cómo estamos traduciendo hoy las exigencias de la misión evangélica al contexto en el que desarrollamos nuestra misión? ¿Qué significa hoy “limpiar leprosos” o “echar demonios”? ¿Cómo acercar el mensaje de la paz a las casas, a los hogares, a las familias, a los abandonados...? La itinerancia que se nos pide ¿es también de la mente, de los afectos...? Nuestro estilo de misión se nutre de la contemplación del Evangelio.

Viernes 11 de julio de 2014. San Benito, abad, patrono de Europa [P. Felipe Maroto: *Cal CMF*, 211-215]

- Os 14, 2-10
- Sal 50
- Mt 10, 16-23

No hay misión sin cruz. No hay seguimiento sin entrega. No ha habido en la historia auténtica comunidad del Señor sin persecución. En la escuela del seguimiento, tarde o temprano, hay que cursar la asignatura de la entrega y conjugar el verbo sufrir. Por comunión con el Maestro (ningún discípulo es nunca más que Él), por fidelidad al Mensaje (contra el Reino siempre se levantan las fuerzas del anti-reino), por cargar con las consecuencias de tomarse en serio el amor y el servicio... Pero, nunca solos. En ninguna situación, abandonados. El Espíritu de nuestro Padre (y de nuestra Madre) hablará en nosotros, se hará fortaleza en nuestra debilidad.

Sábado 12 de julio de 2014

- Is 6, 1-8
- Sal 92
- Mt 10, 24-33

La causa del Evangelio no es una causa perdida, aunque a veces lo parezca. Porque está en manos del Padre celestial. Esta verdad la vivió en inigualable experiencia Jesús. La experiencia de Dios como su “Abbá” fue la fuente de su sabiduría, de su extraordinaria confianza y de su radical libertad. ¿Por qué nos resulta difícil tomarnos en serio su mensaje, vivir como Él vivió y enfrentar la dificultad, el dolor, el sufrimiento y la entrega de la propia vida como Él lo hizo? Quizá, sencillamente, porque Dios no es para nosotros lo que fue para Él... Pidamos seguir caminando hacia esa experiencia de Dios. “Vosotros, hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo...”

DOMINGO 13 DE JULIO DE 2014. XV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

- Is 55, 10-11
- Sal 64
- Rm 8, 18-23
- Mt 13, 1-23

El vigor y la fuerza de las semillas del Evangelio tienen la garantía de Dios. Es verdad que su modo de hacer, ya desde el comienzo, dista de lo que cabría esperar con criterios de productividad y eficacia empresarial. La cosecha será generosa, Dios la avala. Lo nuestro es sembrar, con generosidad, con liberalidad. Y hacerlo con la convicción profunda de que el Señor dará el crecimiento y el fruto. Lo nuestro es reflejar, para que todos –mirándonos en el espejo de la Palabra- podemos descubrir las actitudes, barreras e impedimentos que ponemos a las semillas que el Señor quiere hacer fructificar como cosecha espléndida.

Lunes 14 de julio de 2014

- Is 1, 11-17
- Sal 49
- Mt 10, 34-11,1

Cuando hemos prestado nuestra adhesión al Señor sabemos que tomamos partido. Que -en la medida en que su Palabra y su Proyecto están en el centro de nuestro pensar, sentir y obrar- todo lo demás está llamado a ocupar puestos periféricos. Cuando la Palabra y el Proyecto de Jesús están asentados en nosotros, poco a poco, vamos asimilando las paradojas evangélicas, se van disolviendo las aparentes contradicciones y se descubre el sentido de esa nueva lógica del Reino. ¿Qué es perder?, ¿qué es ganar? Pregúntate desde donde lo miras, desde dónde lo quieres vivir. Sabemos bien que a generosidad nunca vamos a ganar al Señor, por eso: ¿a qué viene tanta preocupación?

Martes 15 de julio de 2014. Memoria de san Buenaventura, obispo y doctor de la Iglesia

- Is 7, 1-9
- Sal 47
- Mt 11, 20-24

Hemos sido agraciados abundantemente. Los medios, recursos y dinamismos a nuestro alcance para corresponder a tanta oferta de gracia no han sido escasos... Pero, bien sabemos, que todo ello no es automáticamente señal de respuesta generosa, fiel, entusiasta, entregada... Al hilo de la sentida lamentación del Señor por la escasa apertura de los lugares donde más energías, dedicación y signos ofreció (Corozáin, Betsaida, Cafarnaún) revisemos nuestras cerrazones, resistencias y justificaciones en el camino de la vida y de la misión. Pidamos hoy la gracia grande de estar de verdad en estado permanente de conversión personal y de alentar la permanente reforma de la vida eclesial.



Anexo 1: Instrucción “Mutuae Relationes”, n. 12

Todo carisma auténtico lleva consigo una cierta carga de genuina novedad en la vida espiritual de la Iglesia, así como de peculiar efectividad, que puede resultar tal vez incómoda e incluso crear situaciones difíciles, dado que no siempre es fácil e inmediato el reconocimiento de su proveniencia del Espíritu.

La caracterización carismática propia de cada Instituto requiere, tanto por parte del Fundador cuanto por parte de sus discípulos, el verificar constantemente la propia fidelidad al Señor, la docilidad al Espíritu, la atención a las circunstancias y la visión cauta de los signos de los tiempos, la voluntad de inserción en la Iglesia, la conciencia de la propia subordinación a la sagrada Jerarquía, la audacia en las iniciativas, la constancia en la entrega, la humildad en sobrellevar los contratiempos. La exacta ecuación entre carisma genuino, perspectiva de novedad y sufrimiento interior, supone una conexión constante entre carisma y cruz; es precisamente la cruz la que, sin justificar los motivos inmediatos de incomprensión, resulta sumamente útil al momento de discernir la autenticidad de una vocación.

Cada religioso personalmente tiene también sus propios dones que el Espíritu suele dar precisamente para enriquecer, desarrollar y rejuvenecer la vida del Instituto en su cohesión comunitaria y en su testimonio de renovación. Pero el discernimiento de tales dones y de su utilización debe tener como medida la congruencia de los mismos con el estilo comunitario del Instituto y las necesidades de la Iglesia a juicio de la legítima autoridad.

5. Textos para profundizar

Anexo 2: “*Mutuae Relationes*”, n. 15

La misión del Pueblo de Dios es única y constituye, en cierta manera, el núcleo de todo el misterio eclesial. En efecto, el Padre santificó al Hijo y lo envió al mundo (Jn 10,36) mediador entre Dios y los hombres (cfr. AG 3); el día de Pentecostés, Cristo envió desde el Padre al Espíritu Santo para que realizara su obra santificadora desde dentro y provocara de ese modo el crecimiento de la Iglesia (AG 4). De ahí que la Iglesia es, a lo largo de toda su historia, en Cristo y a causa del Espíritu, misionera por naturaleza (AG 2; cfr. LG 17).

Todos, Pastores, Laicos y Religiosos, cada uno según su propia misión, son llamados a un quehacer apostólico (cfr. AG 4) que tiene su fuente en la caridad del Padre; el Espíritu, por su parte, lo nutre, vivificando las instituciones eclesíásticas en calidad de alma de las mismas e infundiendo en el corazón de los fieles aquel mismo ánimo misionero que movió a Cristo (AG 4). Así pues, la misión del Pueblo de Dios no podrá consistir jamás en mera actividad exterior, ya que la tarea apostólica no puede en modo alguno limitarse a la sola promoción humana, por digna que sea, siendo así que toda actividad pastoral y misionera hunde sus raíces en la participación del misterio de la Iglesia. Y la misión de la Iglesia por su misma naturaleza no es otra cosa que la misión del mismo Cristo prolongada en la historia del mundo; consiguientemente, consiste ante todo en compartir la obediencia de Aquél que se ofreció al Padre por la vida del mundo (cfr. Hebr 5, 8).

Anexo 3: “*La vida fraterna en comunidad*”, n. 10

No se puede, pues, hablar unívocamente de comunidad religiosa. La historia de la vida consagrada testimonia modos diferentes de vivir la única comunión, según la naturaleza de cada Instituto. De este modo hoy podemos admirar la «maravillosa variedad» de familias religiosas que enriquecen a la Iglesia y la capacitan para toda obra buena, y, por lo mismo, la variedad de formas de comunidad religiosa.

Sin embargo, en la variedad de sus formas, la vida fraterna en común se ha manifestado siempre como una radicalización del común espíritu fraterno que une a todos los cristianos. La comunidad religiosa es manifestación palpable de la comunión que funda la Iglesia, y, al mismo tiempo, profecía de la unidad a la que tiende como a su meta última. «Expertos en comunión, los religiosos están llamados a ser en la comunidad eclesial y en el mundo testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que está en el vértice de la historia del hombre según de Dios. Ante todo, con la profesión de los consejos evangélicos, que libera de todo impedimento el fervor de la caridad, se convierten comunitariamente en signo profético de la íntima unión con Dios amado por encima de todo. Además, por la experiencia cotidiana de una comunión de vida, oración y apostolado, que es componente esencial y distintivo de su forma de vida consagrada, se convierten en “signo de comunión fraterna”. En efecto, en medio de un mundo, con frecuencia profundamente dividido, y ante todos sus hermanos en la fe, dan testimonio de la posibilidad real de poner en común los bienes, de amarse fraternalmente, de seguir un proyecto de vida y actividad fundado en la invitación a seguir con mayor libertad y más cerca a Cristo Señor, enviado por el Padre para que -como primogénito entre muchos hermanos- instituyese una nueva comunión fraterna en el don de su Espíritu».

Esto resultará tanto más visible cuanto más sientan ellos mismos no sólo con la Iglesia y en la Iglesia, sino también a la Iglesia, identificándose con ella en plena comunión con su doctrina, con su vida, con sus pastores, con sus fieles y con su misión en el mundo.

Particularmente significativo es el testimonio ofrecido por los contemplativos y las contemplativas. Para ellos la vida fraterna tiene dimensiones más amplias y profundas derivadas de la exigencia fundamental en esta especial vocación, es decir, la búsqueda de Dios solo en el silencio y en la oración.

Su continua atención a Dios hace más delicada y respetuosa la atención a los otros miembros de la comunidad, y la contemplación se convierte en una fuerza liberadora de toda forma de egoísmo.

La vida fraterna en común, en un monasterio, está llamada a ser signo vivo del misterio de la Iglesia: cuanto más grande es el misterio de gracia, tanto más rico es el fruto de la salvación.

De este modo, el Espíritu del Señor, que reunió a los primeros creyentes y que continuamente congrega a la Iglesia en una sola familia, convoca también y alimenta las familias religiosas que, a través de sus comunidades esparcidas por toda la tierra, tienen la misión de ser signos particularmente legibles de la íntima comunión que anima y constituye a la Iglesia, y de ser apoyo para la realización del plan de Dios.



Anexo 4: “La vida fraterna en comunidad”, n. 6o

Con su presencia misionera la comunidad religiosa se coloca en una determinada Iglesia particular a la que comunica la riqueza de su consagración, de su vida fraterna y de su carisma.

Con su simple presencia no sólo lleva en sí misma la riqueza de la vida cristiana, sino que al mismo tiempo es un anuncio particularmente eficaz del mensaje cristiano. Se puede decir que es una predicación viva y continua. Esta condición objetiva, que evidentemente responsabiliza a los religiosos, comprometiéndolos a ser fieles a ésta su primera misión, corrigiendo y eliminando todo lo que puede atenuar o debilitar el efecto atrayente de esta imagen suya, hace sumamente deseada y preciosa su presencia en la Iglesia particular, antecedentemente a cualquier otra consideración.

Por ser la caridad el carisma mayor de todos (cf. 1 Cor 13,13), la comunidad religiosa enriquece a la Iglesia, de la que es parte viva, ante todo, con su propio amor. Ama a la Iglesia universal y a esta Iglesia particular en la que está inserta, porque es en la Iglesia y como Iglesia donde ella se sabe en comunión viva con la Trinidad, bienaventurada y beatificante, fuente de todos los bienes, y de este modo se convierte en manifestación privilegiada de la íntima naturaleza de la misma Iglesia.

Ama a su Iglesia particular, la enriquece con sus propios carismas y la abre a una dimensión más universal. Las delicadas relaciones entre las exigencias pastorales de la Iglesia particular y la especificidad carismática de la comunidad religiosa han sido estudiadas por el documento *Mutuæ Relationes*, que, con sus indicaciones teológicas y pastorales, ha contribuido notablemente a una más cordial e intensa colaboración. Ha llegado el momento de tomarlo de nuevo en las manos para imprimir un ulterior impulso al espíritu de verdadera comunión entre comunidad religiosa e Iglesia particular.

Las crecientes dificultades de la misión y de la escasez de personal pueden ser una tentación de aislamiento, tanto para la comunidad religiosa como para la Iglesia particular; lo que ciertamente no favorece la comprensión ni la colaboración mutua.

De este modo, por una parte, la comunidad religiosa corre el riesgo de estar presente en la Iglesia particular sin un vínculo orgánico con su vida y su pastoral; por otra parte, se tiende a reducir la vida religiosa únicamente a las tareas pastorales. Más aún, si la vida religiosa tiende a subrayar con fuerza creciente la propia identidad carismática, la Iglesia particular exige con frecuencia, de forma urgente y apremiante, energías para su pastoral diocesana o parroquial. El *Mutuæ Relationes* rechaza tanto el aislamiento y la independencia de la comunidad religiosa con respecto a la Iglesia particular, como su práctica absorción en el ámbito de la Iglesia particular.

Del mismo modo que la comunidad religiosa no puede actuar independientemente o de forma alternativa, ni menos aún contra las directrices y la pastoral de la Iglesia particular, tampoco la Iglesia particular puede disponer caprichosamente, o según sus necesidades, de la comunidad religiosa o de algunos de sus miembros.

Es preciso recordar que no tener suficientemente en cuenta el carisma de una comunidad religiosa no beneficia ni a la Iglesia particular ni a la misma comunidad. Sólo si tiene una precisa identidad carismática, puede insertarse en la «pastoral de conjunto», sin perder su propia naturaleza, sino más bien enriqueciéndola con su propio don.

No hay que olvidar que todo carisma nace en la Iglesia y para el mundo, y debe remitirse siempre a sus orígenes y a su fin, y permanece vivo en la medida en que es fiel a ellos.

La Iglesia y el mundo permiten interpretarlo, lo mantienen vivo y lo impulsan hacia una creciente actualidad y vitalidad. Carisma e Iglesia particular no pueden nunca contraponerse, sino apoyarse y complementarse, especialmente en este momento en que surgen no pocos problemas de actualización del carisma y de su inserción en la realidad cambiante.

En la base de muchas incomprensiones, está, tal vez, el fragmentario conocimiento recíproco tanto de la Iglesia particular como de la vida religiosa y de la misión del obispo con respecto a ésta.

Se recomienda vivamente que no falte un curso específico de teología de la vida consagrada en los seminarios teológicos diocesanos, donde sea estudiada en sus aspectos dogmático-jurídico-pastorales, como tampoco los religiosos carezcan de una adecuada formación teológica sobre la Iglesia particular.

Pero, sobre todo, una comunidad religiosa fraterna sentirá de verdad el deber de difundir ese clima de comunión, que ayuda a toda la comunidad cristiana a sentirse la «Familia de los hijos de Dios».

Anexo 5: Directorio CMF

101. El servicio misionero de la Palabra es lo que especifica nuestra misión en el Pueblo de Dios y por el que nos constituimos en Instituto apostólico en la Iglesia. Hemos de vivirlo según el espíritu y el estilo profético heredados del Fundador y enriquecidos por la tradición del Instituto. Esta vocación misionera es la fuente de nuestro apostolado y el criterio fundamental para la selección de las obras apostólicas. Él debe inspirar y orientar siempre a los misioneros y cada una de sus obras.

102. El don que hemos recibido hace de nosotros una comunidad al servicio de la Iglesia. Esto nos exige un esfuerzo constante para identificarnos vocacionalmente en la comunión congregacional y en la disponibilidad para la misión universal.

103. Nuestra misión forma parte de la misión de la Iglesia al servicio de los hombres. Por lo mismo, sin el estudio atento y participativo de la realidad del hombre en cada época y en cada lugar, no podemos conocer sus necesidades de evangelización ni las características que ha de tener nuestra misión para responder a ellas.

Hemos de ser especialmente sensibles a todos aquellos aspectos que interpelan más directamente nuestra identidad misionera, como la ausencia de evangelización, la posibilidad de suscitar evangelizadores, las situaciones de pobreza y opresión, los movimientos culturales, ideológicos o políticos (CC 14, 46).

107. La observación atenta y el estudio de la realidad debe llevarnos a una actitud de constante discernimiento y de revisión de nuestras posiciones (CC 48). Esta actitud se ha de fomentar tanto a nivel personal como comunitario.

108. La naturaleza eclesial de nuestra misión nos exige estar siempre atentos a la realidad de la Iglesia y a la conciencia que ella tiene de su misión en cada época y lugar.

110. Nuestro apostolado y la selección de nuestras obras deben desarrollarse desde una perspectiva que manifiesten nuestro fundamental compromiso de misión. Tales perspectivas u opciones son actitudes apostólicas constantes, que deben tener gran relevancia en todo claretiano. Estas actitudes se resumen en la opción por una evangelización misionera, inculturada, profética y liberadora, hecha desde la perspectiva de los pobres y necesitados y multiplicadora de líderes evangelizadores.

116. Aunque nuestra vocación apostólica es universal y no excluye a ninguna clase de personas (CC 2), sin embargo, en cada tiempo y lugar se realiza mediante la dedicación a determinados destinatarios.

Cada comunidad provincial y local haga un discernimiento en orden a determinar los sujetos preferenciales de su misión dentro de los que se vayan señalando a nivel general, como pueden ser los que no han recibido el anuncio del Evangelio, los pobres, los jóvenes, la familia y los nuevos evangelizadores.

119. De acuerdo con los tiempos y lugares buscando siempre un modelo de Iglesia cada vez más participativo, nuestro espíritu de creatividad claretiana debe manifestarse en la búsqueda y creación de nuevas formas de apostolado.

135. La acción apostólica de la Congregación ha de estar planificada, programada y evaluada a todos los niveles: generalicio, de organismos mayores y de cada una de nuestras comunidades locales.

En la tecnificada sociedad actual, la planificación en orden a objetivos es un instrumento de gran eficacia, que hemos de utilizar siempre guiados por la Palabra de Dios y animados por el Espíritu.

La programación es un medio de crecimiento de la comunidad misionera porque estimula y encauza la participación y corresponsabilidad de todos.

En la planificación nos proponemos determinadas metas y establecemos los medios más aptos para alcanzarlas. Téngase en cuenta la planificación pastoral de la Iglesia particular.

Anexo 6: Lo que nos piden nuestros Mártires de Barbastro (A. Bocos,

Creer en la convicción de que el Espíritu Santo es y debe ser aceptado como el protagonista de la misión. La misión es el eje central, la línea-fuerza, que articula e impulsa toda nuestra vida al servicio del Evangelio. Pero la misión sólo avanza con la docilidad y confianza en el Espíritu. Él es quien nos unge y coloca ante las necesidades humanas, las carencias religiosas y morales y las lacras sociales para que respondamos a sus interpelaciones. Él es quien ensancha nuestra mirada y enardece nuestro corazón ante las inmensas posibilidades de la misión, a la vez que nos otorga la audacia y la fortaleza para afrontar sus grandes desafíos, aparentemente insuperables. Nuestros hermanos Mártires, que habían sido modelados en el Corazón de María por la acción del Espíritu para el anuncio del Evangelio, en el momento cumbre de su vida proyectaron sobre la Congregación futura su anhelo misionero universal y sus más hondas preocupaciones sobre el futuro de la Iglesia y de la sociedad. Hoy que la Iglesia siente como el mayor desafío la actividad misionera, nos urgen a comprometernos animosamente en la misión "ad gentes" y en la Nueva Evangelización. Pero, a la vez, desde su experiencia, nos piden una más intensa vida según el Espíritu; es decir, una vida en radical seguimiento a Jesús que comporta: escuchar la Palabra, prestar atención a los signos de los tiempos, acoger y cumplir con fidelidad la voluntad del Padre y compartir el dolor con el pueblo. Al vernos tan propensos a acentuar la parte humana en nuestros compromisos religiosos y apostólicos y oírnos hablar de planificaciones, programaciones, opciones y decisiones como si fuéramos los protagonistas de la misión, quieren ponernos un correctivo a nuestra ansiedad y voluntarismo. En todo esto, que es imprescindible para crecer, quieren vernos guiados por el Espíritu, fuente de donde mana toda vida. Nos invitan a recuperar la experiencia del amor gratuito y benevolente del Padre que suscita, como en Jesús, la acción de gracias. Dan testimonio de que quien acoge el don de Dios y se deja poseer por su inmensa misericordia no puede reprimir la urgencia de la compasión y de la caridad sin límites, como es el amor a los enemigos. La revitalización de nuestro compromiso misionero depende de la capacidad que tengamos de dejar actuar en nuestra vida, como lo hizo Claret y lo hicieron estos Mártires, al Espíritu de Jesús. Si le dejamos ser protagonista en la misión, tenemos asegurada, en la tarea evangelizadora, la perenne novedad, la audacia, la fortaleza y la fidelidad hasta el final.

Anexo 7: “Vita Consecrata”, n. 46

A la vida consagrada se le asigna también un papel importante a la luz de la doctrina sobre la Iglesia-comunión, propuesta con tanto énfasis por el Concilio Vaticano II. Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como «testigos y artífices de aquel “proyecto de comunión” que constituye la cima de la historia del hombre según Dios». El sentido de la comunión eclesial, al desarrollarse como una espiritualidad de comunión, promueve un modo de pensar, decir y obrar, que hace crecer la Iglesia en hondura y en extensión. La vida de comunión «será así un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer en Cristo [...]. De este modo la comunión se abre a la misión, haciéndose ella misma misión». Más aun, «la comunión genera comunión y se configura esencialmente como comunión misionera».

En los fundadores y fundadoras aparece siempre vivo el sentido de la Iglesia, que se manifiesta en su plena participación en la vida eclesial en todas sus dimensiones, y en la diligente obediencia a los Pastores, especialmente al Romano Pontífice. En este contexto de amor a la Santa Iglesia, «columna y fundamento de la verdad» (1 Tm 3, 15), se comprenden bien la devoción de Francisco de Asís por «el Señor Papa», el filial atrevimiento de Catalina de Siena hacia quien ella llama «dulce Cristo en la tierra», la obediencia apostólica y el sentire cum Ecclesia de Ignacio de Loyola, la gozosa profesión de fe de Teresa de Jesús: «Soy hija de la Iglesia»; como también el anhelo de Teresa de Lisieux: «En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor». Semejantes testimonios son representativos de la plena comunión eclesial en la que han participado santos y santas, fundadores y fundadoras, en épocas muy diversas de la historia y en circunstancias a veces harto difíciles. Son ejemplos en los que deben fijarse de continuo las personas consagradas, para resistir a las fuerzas centrífugas y disgregadoras, particularmente activas en nuestros días.

Un aspecto distintivo de esta comunión eclesial es la adhesión de mente y de corazón al magisterio de los Obispos, que ha de ser vivida con lealtad y testimoniada con nitidez ante el Pueblo de Dios por parte de todas las personas consagradas, especialmente por aquellas comprometidas en la investigación teológica, en la enseñanza, en publicaciones, en la catequesis y en el uso de los medios de comunicación social. Puesto que las personas consagradas ocupan un lugar especial en la Iglesia, su actitud a este respecto adquiere un particular relieve ante todo el Pueblo de Dios. Su testimonio de amor filial confiere fuerza e incisividad a su acción apostólica, la cual, en el marco de la misión profética de todos los bautizados, se caracteriza normalmente por cometidos que implican una especial colaboración con la jerarquía. De este modo, con la riqueza de sus carismas, las personas consagradas brindan una específica aportación a la Iglesia para que ésta profundice cada vez más en su propio ser, como sacramento «de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano».

Anexo 8: “Vita Consecrata”, n. 74

Se ha de hacer todo en comunión y en diálogo con las otras instancias eclesiales. Los retos de la misión son de tal envergadura que no pueden ser acometidos eficazmente sin la colaboración, tanto en el discernimiento como en la acción, de todos los miembros de la Iglesia. Difícilmente los individuos aislados tienen una respuesta completa: ésta puede surgir normalmente de la confrontación y del diálogo. En particular, la comunión operativa entre los diversos carismas asegurará, además de un enriquecimiento recíproco, una eficacia más incisiva en la misión. La experiencia de estos años confirma sobradamente que «el diálogo es el nuevo nombre de la caridad», especialmente de la caridad eclesial; el diálogo ayuda a ver los problemas en sus dimensiones reales y permite abordarlos con mayores esperanzas de éxito. La vida consagrada, por el hecho de cultivar el valor de la vida fraterna, representa una privilegiada experiencia de diálogo. Por eso puede contribuir a crear un clima de aceptación recíproca, en el que los diversos sujetos eclesiales, al sentirse valorizados por lo que son, confluyan con mayor convencimiento en la comunión eclesial, encaminada a la gran misión universal.

Los Institutos comprometidos en una u otra modalidad de servicio apostólico han de cultivar, en fin, una sólida espiritualidad de la acción, viendo a Dios en todas las cosas, y todas las cosas en Dios. En efecto, «se ha de saber que, como el buen orden de la vida consiste en tender de la vida activa a la contemplativa, también por lo general el alma vuelve útilmente de la vida contemplativa a la activa para realizar con mayor perfección la vida activa, por lo mismo que la vida contemplativa enfervoriza a la activa». Jesús mismo nos ha dado perfecto ejemplo de cómo se pueden unir la comunión con el Padre y una vida intensamente activa. Sin la tensión continua hacia esta unidad, se corre el riesgo de un colapso interior, de desorientación y de desánimo. La íntima unión entre contemplación y acción permitirá, hoy como ayer, acometer las misiones más difíciles.

“No cabe duda de que el Concilio supuso un cambio radical en el modo de pensar la Iglesia y su misión en el mundo. La eclesio-
logía de comunión que encontramos en los documentos del Concilio nos invita a vivir el misterio de la Iglesia como una realidad en la que los distintos carismas y ministerios, do-
nes preciosos del Espíritu, se relacionan entre sí ayudándose a seguir con mayor fidelidad a Jesús y a cumplir con entusiasmo la misión confiada por el Señor a la Iglesia” (Josep M. Abella, *Misioneros*)

spiritus domini

La fragua en la vida cotidiana

www.lafraguacmf.org
misioneros claretianos